

4.1-45

EL CABALLERO ENCANTADO EN LA ÓPTICA CUBANA DE FERNANDO ORTÍZ: UN ENFOQUE SOCIO-POLÍTICO REGENERACIONISTA EN 1910

Ricardo Viñalet

En 1909 Benito Pérez Galdós publicó su extraña novela *El caballero encantado, cuento real... inverosímil*. Ha gozado de notable receptividad por la crítica, si bien las valoraciones se han movido dentro de un espectro amplio, de modo que ha resultado controvertida.¹ Existe, sin embargo, consenso de apreciarla como obra de intenciones éticas, sociales y aun políticas, independientemente de la prioridad que se otorgue a cada una de tales dimensiones. Desde mi punto de vista, ellas integran un conjunto y pienso que el autor así se lo propuso. La ética y la política, hasta asumidas individualmente, se hallan socialmente condicionadas y son hechos y actitudes con alcance colectivo. Por tales razones, opino que Galdós se sintió en la necesidad, una vez más, de reflexionar sobre España, su historia, su presente y sus perspectivas. Sabido es que se trata de su temática esencial y del centro de las meditaciones generadoras en su creación literaria.

El aura de los viejos relatos caballerescos, de las novelas pastoril, sentimental y picaresca, la sombra del *Quijote*, se integran aquí en un discurso narrativo parabólico, rebotante de claves y símbolos en torno a las particularidades de su tiempo y a las circunstancias españolas. Las peripecias hilvanadas con apreciables matices irónicos y humorísticos en no pocas ocasiones, no impiden, sin embargo, observar en *El Caballero encantado* a un escritor más explícito, severo e iracundo que Cervantes.

Por otra parte, la formulación *real... inverosímil* es útil, incluso hoy, para insistir en que no se puede circunscribir el realismo a determinado "método de creación", aspecto muy importante para mostrar la inconveniencia no sólo de entender al realismo casi unidimensionalmente, sino de encasillar a Galdós en procedimientos literarios muy específicos del siglo XIX. En *El caballero...* hay un momento en que el protagonista abandona "el concepto de lo real para volverse al de lo maravilloso" (Pérez Galdós, 1909, p.240). Poco después, desde *lo maravilloso* comprenderá que se encuentra en *otra zona de lo real*, muy próxima a la nombrada, cuarenta años más tarde, *lo real maravilloso* por Alejo Carpentier, desde luego con perspectiva diferente. Quizás en esta novela de Galdós pudiera hablarse de *lo maravilloso real*.

De hecho, el español tampoco *descubrió* el asunto, pues *El caballero...* se factura con antecedentes aportados ya en *Don Quijote*, homenaje presumiblemente consciente a quien de modo igual: *maravilloso y real* fue capaz de proponer un hondo análisis de su tiempo y lugar.

El tema, obsesivo en la literatura del último cuarto del siglo XIX, se hizo agónico alrededor de 1898 y en los años inmediatamente posteriores. Ante la difícil situación en todas las esferas de la vida nacional, la creciente conciencia de que el país se rezagaba con respecto de Europa; que el poderoso imperio colonial era ya simple memoria, empezó a delinearse una actitud entre sectores de la intelectualidad que llevaba como divisas el pesimismo, la insatisfacción y el espíritu crítico. Se conformaba el juicio colectivo de que, ante el descalabro nacional y la decadencia correspondiente, era preciso encontrar un remedio que revirtiera el proceso.

El *Krausismo* constituyó un esencial movimiento ideológico abanderado de la renovación española. Su peso recayó esencialmente en los terrenos cultural y educacional, considerados la vía inmanente para una transformación. Devino plataforma expresiva del rechazo a las circunstancias en que se vivía. Han sido justamente llamados los Krausistas *educadores de la España contemporánea*; fueron autores de textos impregnados del ansia modificadora y estuvieron imbuidos de profundo espíritu crítico. Junto al valor que en sí mismos tienen, al constituir otra vuelta de tuerca para el movimiento reformista producido en el siglo XVIII y, a la vez, marcar el preámbulo de la llamada Generación del 98, asimismo son fundacionales para otros alientos que se vinculan a las ideas y a la creación literaria más adentrado el siglo XX. El *Krausismo* tiene mucho que ver con el afán de mejoramiento axiológico para varias promociones de españoles. En consecuencia, llega a ser un enlace de angustias, aspiraciones y juicios críticos de hombres anteriores al XIX con los del XX. En rigor, el "complejo de decadencia" puede rastrearse desde el siglo XVII con Cervantes y Quevedo. En el XVIII es perceptible en autores como Gaspar Melchor de Jovellanos y José Cadalso, entre otros.

Coincidentemente con el *Krausismo* sobreviene, como es sabido el periodo realista-naturalista, etapa en la que Pérez Galdós produce buena parte de su obra. Atípico resulta su caso, pues si cronológicamente habría que situarlo en la promoción inicial, su creación trasciende por estar más cercano a los temas y en el espíritu a la segunda, aunque su trayectoria, técnicas literarias y concepciones lo llevan a ser hombre y autor contemporáneo.

Verdaderamente es en el año 1898 cuando sobreviene el clímax. Constituyó una crisis de las conciencias. En muchos españoles quedó un amargo sabor, incluso en algunos que no se caracterizaron por el conservadurismo. No hay que inferir en todos los lamentos por la derrota una actitud imperial, sino que -en medio de serias contradicciones de múltiple signo-

vieron en la pérdida de las colonias la manifestación suprema del descalabro total de su patria.

Así, el grupo conocido como *Generación del 98* emerge como una suerte de movimiento que, a partir de cuestionamientos sobre la situación nacional en todos los órdenes, cobra un sesgo marcadamente intelectual y posee manifestaciones de gran importancia en el terreno literario, ámbito en el cual desarrollaron el pensamiento crítico y su afán renovador. Al poco tiempo desearon abrirse a las más novedosas corrientes del pensamiento europeo, esto es, se trazan como objetivo la europeización de España; europeizadores con pasión española, ya que volvieron de igual manera los ojos hacia sí mismos, intentando comprender los orígenes de los males. Dentro de la diversidad de sus integrantes, les vinculó el interés por dignificar el espíritu hispano, el afán regenerador, la búsqueda de una españolidad anclada en las raíces pero de signo distinto.

Contexto inenudible de la *Generación del 98*, pero no sólo de ella, es el *regeneracionismo*. Con frecuencia el término queda circunscrito al movimiento ideológico desarrollado en España a consecuencia del *desastre* de 1898 y, en tal sentido, su alcance se limita a tentativas de modificaciones para la vida política del país. Por las consideraciones expuestas, gusto de extender en tiempo y espacio el ámbito regeneracionista, incluso más allá de las fronteras hispanas. Si regenerar implica el restablecimiento o la mejoría de algo que ha degenerado; si presupone en seres humanos y en colectividades el abandonar hábitos o conductas reprobables, pudiera coincidir en que la crítica a la sociedad española se vislumbraba con determinada sistematicidad desde casi los inicios del último cuarto del siglo XIX, y aun antes con menor coherencia.

El *regeneracionismo* apunta a las ideas y clama por la reconsideración de la vida política; no obstante, su esencia va más lejos y se expande totalizadamente desde una asunción ética, de apego a los genuinos valores de la espiritualidad hispana, de su cultura, con marcado interés por la modernización de las estructuras en el país y en las mentes. Su presencia es impactante en el pensamiento, pero también en la literatura. Verdad es que el *regeneracionismo* se delinea con precisión alrededor de 1898, mas su espíritu llega de otros tiempos, de manera que es factible asumir el concepto con sentido amplio y perspectiva dialéctica (Viñalet, 1996, pp.27-29).

Galdós, escritor que no forma parte de la *Generación del 98* a pesar de ciertas coincidencias, es excelente ejemplo de escritor regeneracionista, no sólo en la obra producida en los años que vivió del siglo XX, sino desde su primera época.² Su literatura, desde el principio, colocó a los españoles ante el tribunal de sus propias conciencias (Viñalet, 1984, pp.100-129).

Me parece necesario buscar la esencia de los anhelos Galdosianos en sus ideas acerca de la tolerancia, el amor y la comprensión. En esa tríada, tal vez creyó, pudieran encontrarse las sendas para la conciliación de las pugnas nacionales. Anheló una armonía sociopolítica e individual entre cada hombre, apoyada en la justicia, en modos de distribución menos desiguales para la riqueza; ansiaba que cada ser humano fuese expresión libre y sana de sí mismo, sin perjuicio de otros. Bellos sueños, estrellándose contra una realidad que no admitía conciliaciones.

El caballero encantado, novela de concretas y reales meditaciones, angustiadas en hombre de espíritu sensible, es consecuente con la trayectoria vital de su creador. Por ello, Sainz de Robles, delicado, respetuoso y fascinado, considera: "Es una narración deliciosa. (...) Ciego, torpe, un poco desengañado de todo, se refugia en su todo: España. Y la ve mejor que nunca. Y mejor que nunca la penetra y la entiende". (Sainz de Robles, 1951, pp.221-222)

Si *deliciosa* es palabra que emplea Sainz de Robles para cualificar la novela, varias décadas antes el cubano Fernando Ortiz la llamaría *divina* e, inspirado por ella, publica en 1910 una *versión libre y americana* que titula *El caballero encantado y la moza esquiva* (García-Carranza, 1970, pp.36 y 71). La simpatía sentida por Ortiz hacia *El caballero...* obedece tanto a razones literarias como extraliterarias.

En el primer caso, existe amplia referencia de cuánto admiraba a Pérez Galdós (Ortiz, ¿1911?). Reconoce la maestría del escritor canario para crear en esa oportunidad una novela fantástica, sobrenatural, especie de jornada onírica donde el tiempo marcha caprichosamente y desplaza a los personajes por diferentes planos, no sólo temporales, sino espaciales, envueltos en magia y en misterios. Ha gustado de la propuesta simbólica, esencial en el relato, pues le incita a la diversidad de lecturas y él asume una interpretación. Desde ella elabora su "versión libre" y dará un consejo al lector, según Ortiz válido para el acceso al original y, por ende a la *traducción* que él emprende:

Avive el entendimiento el que quiera seguir leyendo si no es ducho en simbolismos, que el maestro Pérez Galdós nos exige a todos en este caso imaginación cautelosa al par que avispada para darnos justa razón de lo que se descubre en los repliegues de su lenguaje y se transparenta tras el velo de las personificaciones y sucesos, a veces borrosos, por el misterio que -para mayor atracción- los rodea como neblina. *El caballero encantado* es novela que debe leerse dos veces, una al correr de la vista sobre las páginas, otra más pausada y entre líneas toda ella (Ortiz, ¿1911?, p.256).

Las consideraciones extraliterarias radican en la temática y en su significación, dadas las específicas circunstancias en que fue escrita y en las que

se produce la recepción de Ortiz. Como *El caballero...* plantea el asunto de la regeneración de España desde el prisma socio-histórico y ético, toca de lleno en preocupaciones de don Fernando en esos años primeros de la centuria, por su incidencia en la vida cubana. De ese mismo carácter es su interpretación e, inevitablemente, con tal sentido -desde la otra orilla del Atlántico y enfoque americano-, escribiría *El caballero encantado y la moza esquiva*. Llegados a este punto, es obligada una referencia a contextos en que ella se gesta, así como a la formación intelectual del cubano.

En 1882, a la edad de un año, viajó Fernando Ortiz a Menorca con su madre, donde permanece y estudia hasta 1895, en que regresa a Cuba. En La Habana se matricula en Derecho hasta 1898 y torna a España. Se matricula en la Universidad de Barcelona y se licencia en 1900. A seguidas, en 1901, alcanzará el Doctorado en Madrid. Volvería a la patria en el simbólico 1902.

Conoce y vive el clima existente en España. Lee y estudia a literatos, historiadores, juristas y sociólogos; se identifica con el krauso-positivismo y el afán renovador, se relaciona con regeneracionistas, admira a hombres de la Generación del 98. Sin perder, la raigal cubanía que habrá de caracterizarlo a lo largo de su vida, este respirar y nutrirse de lo más avanzado de las ideas hispanas lo marcó profundamente. Pudo apreciar también zonas oscuras dentro de las tendencias que allí se manifestaban, incluso en las novedosas como el panhispanismo (Ortiz, ¿1911? y 1913).

En este propósito de rastrear y de esbozar una aproximación a Fernando Ortiz desde momentos y particularidades epocales anteriores a la creación de su obra vasta y monumental, que lo ha convertido en personalidad sobresaliente por sus aportes a la identidad nacional y cultural cubanas, pueden establecerse coordenadas del hombre que comenzó a delinear su pensamiento y a escribir en el tránsito del siglo XIX al XX. Diríase imposible acceder a él sin tomar como premisas las raíces hispanas de su etapa formativa. No pudieran entenderse cabalmente sus proyecciones vitales ni las razones que lo movieron a emprender sus estudios (Viñalet, 1996, pp.27-29).

El descalabro español y nuestra gesta independentista se hallan en el centro del problema. En Cuba, el 98 hubo de tener una violenta repercusión. Baste apuntar que la noción del *desastre* fue también para nosotros una dolorosa realidad. Los ideales y luchas liberadoras desembocaron en frustraciones gigantescas. El final del dominio español coincidió con la primera intervención norteamericana y sólo en 1902 nació la república, como se sabe distante de los sueños y mutilada por la Enmienda Platt, que nos condicionaba a los intereses y apetencias del vecino poderoso. Tal fue el signo de aquellos primeros años. La historia es prolija en recoger las disputas civiles, revueltas militares, la segunda intervención estadounidense, la corrupción social, administrativa y política. Duros tiempos en que ganaron terreno el escepticismo y el desengaño.

Núcleo de las preocupaciones y acciones de cubanos ilustres fueron el mantenimiento de la identidad nacional, de la nación misma; la conciencia de que era necesario remediar la situación; la comprensión de lo impostergable de indagar acerca de la identidad cultural, esto es, quiénes qué y cómo somos. Dentro de los primeros esfuerzos de Fernando Ortiz, no pocos se dirigieron al autoexamen, al autoconocimiento del cubano (Serrano, 1987). Asimismo, emprendió una cruzada en pro de la dignificación ciudadana en aquella república artificial y exhausta desde el alumbramiento mismo, cercenada en la soberanía, urgida de emprender un camino largo y arduo de ascensión ética, social y política. Ortiz percibió que por ahí se marcaba un rumbo para alcanzar los objetivos: *regeneracionismo* desde la derrota, la pobreza y la identidad, tan afines evaluó las condiciones cubanas y españolas. Un *regeneracionismo* desde la otra linde, *transculturado*.³

La inquietud renovadora, asimilada creativamente en las estancias españolas de Ortiz, devino génesis de su quehacer sobre Cuba, sus problemas y su cultura. Las confluencias que en su obra, de principio a fin, se observan entre regeneracionismo, identidad nacional y cultural son la espina dorsal de Fernando Ortiz.

Un enfoque sustentado por ciertos regeneracionistas hispanos, sobre el cual don Fernando se manifestó especialmente crítico, fue el *panhispanismo* (Ortiz, ¿1911?), verdadero intento neocolonialista por someter a Hispanoamérica a la *tutela* de la ex-metrópoli. Derrotada completamente en el terreno militar, cruzó por la mente de algunos la idea de que España volviera a imperar en las antiguas colonias mediante el ejercicio de influencias y de privilegios económicos. Maltrecha y rezagada, ansiando europeizarse para hallar una senda emergente de salida a sus males, con elevados índices de analfabetismo e incultura, así como con serios conflictos sociopolíticos, pobre modelo habría de ser España para las repúblicas hispanoamericanas. Desde tales presupuestos rechazaba Ortiz el panhispanismo.

No pocos voceros de esa tendencia elaboraron un discurso oportunista. Llegaban a argumentar que, o España ejercía su *misión tutelar* sobre Hispanoamérica o ésta caería bajo el hegemonismo norteamericano. Así el viejo imperio estaría llamado a rescatar a sus *hijas* de las fauces del imperialismo yanqui, joven y pujante. La maniobra panhispanista sólo ofrecía optar entre dos imperios. Fernando Ortiz, como otros cubanos lúcidos, comprendió de qué se trataba y al respecto abundó en múltiples ocasiones.⁴

Encarando el dilema en sus formulaciones polares, insistirá en el rumbo de las soluciones:

Engendros anémicos de un imperialismo que moría, hemos seguidos embrutecidos en la modorra tropical, de la que despertaremos tarde, cuando otro imperialismo que crece nos haya arrastrado en su torbellino. (...) Sólo una civilización intensa podría salvarnos; siendo cultos, seríamos fuertes. Seámoslo. (Ortiz, 1913, pp.77-78)

La salvación desde la cultura es la propuesta, de clara ascendencia krausopositivista, estandarte ideológico de los hombres de la Generación del 98 y del *regeneracionismo*.

Don Fernando, con nítido concepto de nuestra identidad, no hilvanaría en cambio, ideas apendiculares de la ex-metrópoli, sino acerca de la importante tarea que le correspondería en los nuevos tiempos:

Esto es lo que debería hacer España, traernos cultura, mucha cultura, porque cuando España impere por su cultura y por el genio científico de sus hombres nuevos, entonces, entonces sí, la América entera será verdaderamente española, hasta la que hable inglés. (Ortiz, 1913, p.107).

El pensamiento estratégico de Ortiz busca la integración de las repúblicas hispanoamericanas, lejos de los intentos panhispanistas y tratando de evitar la absorción por los Estados Unidos: "Si nos convencemos y conseguimos llevar a la realidad (...) la asociación para la lucha, podremos algún día presentar un bloque mental iberoamericano bien unido, resistente y bien caracterizado". (Ortiz, 1913, pp.17-18)

He aquí, pues, un conjunto de hechos que motivan el surgimiento de *El caballero encantado y la moza esquiva*.

El título y el subtítulo pudieran conducir inicialmente a pensar en un don Fernando narrador. Si tal óptica fuera asumida, esta obra requeriría de consideraciones específicamente literarias y, en tanto novela, carecería de valores para destacarse en el género. La esencia del fenómeno está en que Ortiz no pretendió novelar. Se trata de *una interpretación* y de *una reconsideración* que persigue el objetivo de desarrollar un discurso regeneracionista opuesto al panhispanismo. No por otra razón forma parte de *La reconquista*... Ha manipulado la literatura, juega con ella y la resultante es una suerte de sátira con ribetes paródicos, lo cual sí demuestra en el escritor una conciencia estética (algo, por lo demás muy habitual en su obra total).

Al declarar sus pretensiones, señala que podará y simplificará porque su tarea es *otra* y no las del "esclarecido ingenio de su primer narrador" (Ortiz, ¿1911?, p.256), e insta al lector a procurarse la original, de manera que esté en capacidad de acceder al texto matriz, diferente del suyo, don-

de han de constatarse hasta alegatos complementarios o, llanamente diferentes. En la más literal y sabrosa acepción del término, estamos ante un texto *tendencioso*.

En *El caballero... y la moza...* se observan tres partes: un corto prólogo con claves interpretativas; la versión propiamente dicha de la novela galdosiana, cuyos capítulos y títulos no se ajustan al primario; y un epílogo que trasciende los criterios del autor canario.

La narración se reduce en, aproximadamente, dos terceras partes y el número de capítulos desciende de veintisiete a catorce. En nota a pie de página en el Capítulo I, Ortiz explica estas diferencias, o sea, insiste en hacer explícito su trabajo *libre*, en llevar al esqueleto la anécdota, muchas veces glosando en pocas palabras lo que en Pérez Galdós resulta prolijo, y también volviendo a llamar la atención acerca de su papel de *traductor*, vale decir, de *interpretador*.

El tono de esta glosa llega a ser humorístico e irónico, y don Fernando revela una estupenda capacidad para caracterizar personajes y situaciones, a veces mediante el empleo de simples adjetivos. De igual manera varía con frecuencia el punto de vista del narrador para tomar partido ante sus actitudes. Hay ocasiones en que convierte al propio Galdós en participante de la versión: "En la fecha en que la narración comienza, cuando Pérez Galdós entró en tratos (...) con Don Carlos de Tarsis, éste se sentía desesperado, tristón, pesimista..." (Ortiz, ¿1911?, pp.259-260). También emplea el recurso de citar textualmente pasajes, relativamente breves, del original, como apoyatura de su enfoque y de los matices empleados.

A lo largo de un diálogo que sostiene Tarsis (devenido el pelagatos Gil) con La Madre, éste enumera un grupo de defectos que caracteriza a los españoles de la decadencia. En la óptica galdosiana, aun consciente de los desafueros cometidos por los ricos contra los pobres, no se pretende subvertir el status, sino que se reclama a los poderosos que lo sigan siendo, aunque *ricos buenos* para que los pobres lo sean menos y también *buenos*. Aquí Ortiz vuelve a anotar a Galdós, en punto altamente revelador de tales idealizadas concepciones: "Somos iguales, y el pobre y el rico, el plebeyo y el noble, nos hallamos en venturosa fraternidad y por ella vivimos" (Ortiz, ¿1911?, pp.275-276).⁵ Si bien esta sublimación no forma parte de las opiniones de don Fernando, él respeta la intención sana que la provoca, no polemiza y cuando prosigue el relato, ya con sus palabras, comenta: "Donosa lección (...) que podría aprovecharnos por igual a todos, al hispano hablador para su vida nueva trabajosa y dura, y al americano parlero en su labor de esperanzas" (Ortiz, ¿1911?, p.276). Va intercalándose de esta manera la proyección americana con que Ortiz ha deseado elaborar su versión.

Sin embargo, en ocasiones no puede menos que disentir, sobre todo cuando de la americanidad se trata: la amada de Tarsis sufre también de un hechizo que la transforma de Cintia en Pascuala; de hermosa sudamericana capaz de rechazar a Carlos por sus defectos, en una maestra rural española. Ortiz lo admitiría si se tratara, simbólicamente, de mostrar cuánto pudieran aprender los hispanos de sus ex-colonizados, y así no deja pasar la oportunidad para el señalamiento irónico y humorístico:

Si de Tarsis sabemos desaciertos y majaderías que a La Madre inspiraron un encantamiento por bien, no sabemos que la ingenua Cintia tuviese mataduras (...), ni que se hubiese apartado del bien y que al bien hubiese de volverla el amor a la Madre común. (...) Por lo que quizás este largo capítulo estaría mejor titulado así: *Donde aparece una Pascuala y donde el encantamiento o no es o es injusto o es sólo del caballero*. (Ortiz, ¿1911?, p.287)

El cese del hechizo sólo se producirá cuando La Madre considere cumplida su tarea regeneradora. En el espíritu galdosiano ello tendrá lugar dentro de un clima de concordia: Cintia y Tarsis se amarán, serán felices y sobrevendrá un hijo común. Se imponen especialmente a estas alturas las leídas entre líneas que Ortiz recomendaba en su prólogo. ¿Escaparía realmente Pérez Galdós a ejercer la *misión tutelar*?

De modo que don Fernando necesita de un epílogo netamente americano, en que ya prescinde del texto primigenio, para internarse en su propio discurso, sin perder el nimbo novelesco. Adoptará la forma epistolar y un simbolismo casi alegoría.

Se inicia con la *Carta íntima de América Andina a su hermana menor Juanita Antilla*, fechada en Buenos Aires el 25 de mayo de 1910, día en que se conmemora la independencia de Argentina. La remitente se lamenta por la escasa comunicación entre ambas:

Estamos tan lejos y son tan tardíos los correos, ¡la familia está tan desparramada! Pero aunque con distinto apellido, hermanas somos al fin por parte de madre y justo es que nos queramos y contemos nuestras cosas. (Ortiz, ¿1911?, p.321)

Desde el principio del epílogo ha establecido el concepto del iberoamericanismo, de su necesidad y llama a la unión. Y dice la hermana mayor: "Te supongo enterada por nuestro amigo antiguo Don Benito Pérez Galdós, quien a pesar de no conocernos de vista sabe de viejo nuestras penas y alegrías (...), de la nueva locura que se ha apoderado de Carlitos de Tarsis" (Ortiz, ¿1911?, p.322). Añade que el guapo mozo se ha presentado por aquellas tierras, "rondándonos la reja, hablando nuestro lenguaje y diciéndonos palabritas mas dulces que la miel". (Ortiz, ¿1911?, p.323)

La carta de América Andina resulta así una llamada de alerta sobre el intento panhispanista, y está dirigida a Juanita Antilla, quien no pudo zafarse hasta muy tarde del autoritarismo *maternal*. Le cuenta de los celos de Tarsis ante otros pretendientes, en especial Samuel Johnson, y concluye, atribulada:

Aconséjame tú. Dime si debo rendirme al infeliz enamorado, si he de despedir a mis amigos y admiradores, y si debo renunciar a mi rica libertad de rica hembra por una unión, casamentero antojo de nuestro pobre y alicaído primo. (Ortiz, ¿1911?, p.329)

Diáfano en sus objetivos y preocupaciones, incluye don Fernando a continuación la réplica *confidencial* a la hermana mayor. Significativamente escrita en Baracoa, vi la primada de Cuba y, no menos, el 4 de julio, la carta se inicia con un *nunca olvidada hermana América* y luego de felicitar-se por haber recibido sus noticias, comenta: "Hoy estamos de fiesta y jolgorio por estos barrios con motivo del cumpleaños de un vecino muy bullanguero que tú conoces". (Ortiz, ¿1911?, p.329)

Juana, imbuida de espíritu identificable, refiere a su hermana:

Yo estoy en esta villa donde se meció mi cuna, porque a fuerza de oír hablar de mi raza y de mi linaje ardo en deseos de aprender las hazañas de mis mayores y aquí he venido y me tienes rebuscando pergaminos y cronicones de Indias que sirvan de pasto a las llamas de mi estudioso afán. Apenas encuentro nada, pero sólo el buscarlo ya es alivio en espera de goces que vendrán. (Ortiz, ¿1911?, p.330).

Confiesa conocer del delirio de Tarsis porque también a ella la corteja ardientemente, tal cual hace además con el resto de las hermanas: "¡Habrased visto sultán! ¡Chica, como se conoce que la sangre mora le bulle en las venas...! (Ortiz, ¿1911?, p.331). El donjuanesco primo no admite rivales, y ella no se sorprende por "toda la ojeriza que Carlitos le guarda a *Sam*, como por aquí llamamos al vecino" (Ortiz, ¿1911?, p.331). Admite cierta simpatía por él, aun siendo también *cortejador impenitente* ya que reúne cualidades distintas a Carlitos de Tarsis.

Aquí don Fernando procede a una evaluación de las diferencias entre ambos, que no pudieran entenderse descontextualizadamente. España era incapaz de reconquistar a América: sobre ello se ha tratado ya. Mas la retórica panhispanista necesitaba llamar la atención acerca del peligro representado por los Estados Unidos, en lo cual si había una actitud oportunista, no se equivocaba. Fernando Ortiz entendió que una vía de prosperidad para la nación cubana sería factible, si se lograban *nexos adecuados* con ese país.

No quede, sin embargo, la idea de un hombre deslumbrado ni contemporizador con afán imperialista alguno, ni siquiera en 1910, ese 4 de julio en que Juana le escribe a América Andina. Ella sabe de tres conceptos diferentes: la hermana, el vecino, y el pretendiente. En *El caballero encantado y la moza esquiva*, en el resto de los materiales que integran *La reconquista...* y en muchos otros de ese período, don Fernando aquilató las actitudes procedentes de Washington en su raigal esencia.

Si Juana Antilla aconseja a América Andina de este modo; “Paliquea cuanto quieras con Carlos y hasta entretente con sus romanticismos, que no es malo mirar hacia atrás cuando sabemos mirar firmes hacia delante; pero guárdate de permitirle irreverentes dichos, ni menos osadías comprometedoras” (Ortiz, ¿1911?, p.333), está así delineando su posición ante el panhispanismo.

También quedará formulada la que asume ante el otro peligro. Expresa:

Así haré yo, si bien, naturalmente, más apegada que tú a mi amigo *Sam* por necesidades de más honda gratitud y próxima vecindad. Si por esto oyes decir a Carlos que he vendido mi honor, dile que miente, que pura sigo mi vivir honrado, alta y firme la mirada en el porvenir; angustiosa por la inexperiencia de mis pocos años, pero, resuelta a morir antes que retroceder un paso. (Ortiz, ¿1911?, p.333)

Patriótico, digno, insobornable desde la otredad cubana frente a España y a Estados Unidos, esta *versión libre* de una novela es mucho más: constituye declaración identitaria y lección de ella. En última instancia es grito del *derecho a ser* ante cualquier intento de absorción.

He aquí un modelo de re-escritura interpretativa sobre un texto literario, inducido por los misteriosos vasos comunicantes que fluyen entre la vida y el arte. He aquí, de igual modo, el trazado de un destino histórico.

NOTAS

¹ Dada la síntesis a que me veo precisado, no desarrollaré la idea en esta Comunicación. En breve podrá ser consultado mi ensayo «De cómo Fernando Ortiz supo hallar una moza esquiva para cierto caballero encantado», en anuario L/L, Serie estudios literarios, n^o 28, Instituto de Literatura y Lingüística de Cuba, en proceso editorial, en el cual se amplían juicios que ahora únicamente esbozo, o he eliminado, con el objetivo de no exceder los folios establecidos.

² Baste recordar *Doña Perfecta* (1876) y *La familia de León Roch* (1878). Los *Episodios Nacionales*, que se inician en 1873, ciertamente no escapan al intento de reflexionar

sobre España, en este caso procurando integrar lo novelesco y una interpretación de la historia.

³ La correspondencia entre Ortiz y Unamuno es un excelente ejemplo. En 1987, C. Serrano publicó un grupo de cartas escritas por don Fernando a don Miguel. En 1996, tuve la oportunidad de dar a conocer dos misivas del insigne representante de la Generación del 98 a Ortiz (véase *Referencias*). Su análisis forma parte de un libro que actualmente preparo.

⁴ En su volumen *La reconquista de América: reflexiones sobre el panhispanismo, Entre cubanos y En la tribuna, discursos Cubanos* (Véase *Referencias*).

⁵ Cotejado con PÉREZ GALDÓS, B., *Obras completas*, ed. cit., tomo VI, p.256.

BIBLIOGRAFÍA

BLY, P.A., «Sex, egotism and social regeneration in Galdós *El caballero encantado*», en *Hispania*, University of Cincinnati, U.S.A., The American Association of teachers of Spanish and Portuguese, Inc., 1979, vol.2, march, nº 1, pp.20-29.

GARCÍA-CARRANZA, A. (comp.) ,*Bibliografía de Don Fernando Ortiz*, Instituto Cubano del Libro, La Habana, 1970, p.250.

ORTIZ, F. (1910-1911), «El caballero encantado y la moza esquivada», en *La reconquista de América: reflexiones sobre el panhispanismo*, Librería P.Ollendorff, París, ¿1911?, pp.255-334.

ORTIZ, F. (¿1911?), *La reconquista de América: reflexiones sobre el panhispanismo*, Librería P.Ollendorff, París, p.352.

ORTIZ, F. (1913), *Entre cubanos, psicología tropical*, editorial de Ciencias sociales, La Habana, 1987, pp.135.

PÉREZ GALDÓS, B. (1909), «El caballero encantado», en *Obras completas de /.../*, Aguilar, Madrid, 1951, tomo VI, pp.223-343. (F.C. Sainz de Robles tuvo a su cargo la Introducción, biografía, notas y censo de personajes galdosianos en esta edición).

PÉREZ GALDÓS, B. (1909), *El caballero encantado*, edición de Julio Rodríguez Puértolas, Cátedra, S.A., Madrid, 1977, pp.352.

SAINZ DE ROBLES, F.C., «Nota preliminar a *El caballero encantado*», en *Obras completas de Benito Pérez Galdós*, Aguilar, Madrid, 1951, tomo VI, pp.221-223.

SERRANO, C., «Fernando Ortiz y Miguel de Unamuno (un episodio de regeneracionismo trasatlántico)», en *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, La Habana, 1987, enero-abril, nº1, pp.7-22.

VIÑALET, R., «Benito Pérez Galdós», en *Temas de literatura española*, Pueblo y Educación, La Habana, 1984, tomo II, pp.100-129.

VIÑALET, R., «Entre cubanos y el regeneracionismo», en *La Gaceta de Cuba*, La Habana, 1996, marzo-abril, nº 2, pp.27-29.

VIÑALET, R., «De Miguel de Unamuno a Fernando Ortiz: dos cartas, presumiblemente inéditas», en *La Gaceta de Cuba*, La Habana, 1996, noviembre-diciembre, nº6, pp.40-41.